

De habla y de fábula

Hablar por hablar

Pablo Iruzubieta Agudo

El hombre es una criatura social por naturaleza. Sin embargo, esto no quiere decir que no deba cuidar y cultivar su propia individualidad, lo cual parece que hemos olvidado. Pero no solo esto se está perdiendo: también la propia esencia de la conversación, del diálogo.

¿EN QUÉ SENTIDO DECÍA PLATÓN QUE LA DIVINIDAD SIEMPRE HACE GEOMETRÍA?



Oscar Baiges

Hoy en día no hacemos otra cosa que hablar. Teléfonos, correo electrónico, redes sociales o el nuevo y omnipresente *whatsapp* nos permiten estar constantemente en comunicación con amigos. ¿Qué duda cabe de que esto es fantástico? Podemos hablar y hablar aunque estemos solos en nuestra habitación. Hablar y hablar para no decir nada. Se nos ha olvidado, aunque pueda parecer mentira, cuál es el objetivo del habla: decir cosas, comunicarnos. Y es que el exceso de medios que nos permiten charlar con nuestros amigos y, sobre todo, el mal uso que hacemos de ellos han conseguido que hayamos alienado el habla. Constantemente leo en redes sociales (especialmente Twitter que es el que más se presta a ello) mensajes que no tienen interés alguno del estilo “comiendo patatas

fritas” o “en la Calle Independencia”. Tenemos conversaciones con gente con la que acabamos de hablar o quedamos con alguien para chatear con un tercero.

“ Me inquietan estos paisajes cada día más frecuentes de amigos que, frente a jarras de cerveza o tazas de café, mantienen un silencio frío solo roto por el silbido artificial de los móviles. ”

Puede sonar extraño, casi siniestro, pero he visto a grupos de personas sentadas en la mesa de un bar sin hablarse entre ellos,

mudos por la concentración, con la mirada fija en la pantalla del móvil mandando mensajes. Es entonces cuando me pregunto ¿para qué habrán quedado? Quizá sea que nos gusta sentir el calor de otros seres humanos mientras mantenemos conversaciones electrónicas, quizá prefiramos un sucedáneo de conversación (embotada en una pantalla) antes que una charla cara a cara. Realmente no lo sé pero me inquietan estos paisajes cada día más frecuentes de amigos que, frente a jarras de cerveza o tazas de café, mantienen un silencio frío solo roto por el silbido artificial de los móviles recibiendo mensajes. Y si hacemos esto cuando estamos con gente, ¿qué no haremos cuando estamos solos? Así, casi hemos olvidado lo que es la soledad. Huimos de esos dulces

minutos en los que, alejados del furor del día a día, de los entresijos sociales y de las ruidosas risas con los amigos (risas que están siendo sustituidas por el “jajaja” escrito o por emoticonos mudos); descansamos en nosotros mismos, nos dedicamos unos instantes y meditamos o nos olvidamos de todo, tranquilos, sin agobios ni obligaciones, solo la blanca pared enfrente y la soledad.

“ Hemos llegado a ese punto en el que estamos incómodos cuando permanecemos en silencio estando solos. ”

Pues esta, en su justa medida, no es algo nocivo ni despreciable. Es lógico que no deseemos estar siempre solos, de sobra sabemos que necesitamos a otros, que sin los demás es una agonía vivir. Sin embargo, no debemos destruir, mediante sofisticados medios que industrias de telecomunicaciones nos venden como si fueran cosas necesarias para la existencia humana, cada segundo de soledad que tenemos. Solo hablando con uno mismo podemos conocernos; solo lejos de otros, que nos inundan con sus pensamientos, sus emociones, sus palabras, podemos llegar a saber qué pensamos, qué sentimos, qué creemos. No podemos ahogar nuestra voz interior en un mar de *tweets*, *whatsapps*, correos, etc. Permitir que una aplicación de móvil nos tenga atados hasta el punto de no poder aguantar más de una hora sin saber que nuevos mensajes tenemos es esclavizarnos a nosotros mismos, perder nuestra libertad creyendo tenerla (que es la peor forma de tiranía, pues no somos realmente conscientes de ella, del mismo modo que el cautivo en la caverna de Platón no quiere salir, pensando que ya ve la luz del exterior). ¿Por qué será que el hombre crea ingenios,

retando a la propia naturaleza y a la lógica, para después caer presa de estos mismos inventos?

Dejemos de hablar un momento, escuchemos. Oigamos qué tiene que decirnos el mundo. Tan rápido es el ritmo de esta vida frenética que llevamos que ni siquiera podemos callar un momento, detener una conversación para oír algo que, hoy día, puede parecernos irreal, casi mitológico: el silencio. Y no me refiero a ese silencio que “ameniza” la reunión de aquellos amigos del bar sino uno real, que no sea roto por el teclear ansioso ni por la lectura ávida de mensajes. Un silencio que sea la base de una conversación tranquila, fundamentada y no un hablar por no callar. Un silencio del que nazca un diálogo que, al estilo socrático, haga florecer las ideas, los sentimientos y que no sea solo la verborrea incontinida de dos o más personas que se sienten incómodos si no median palabras entre ellos. Los grandes amigos (y los enamorados) son capaces de estar juntos en silencio sin que eso les produzca la más mínima incomodidad, compartiendo esa intimidad huérfana de palabras.

En definitiva, hemos llegado a ese punto en el que estamos incómodos cuando permanecemos en silencio estando solos. Es más, parece que nos agobia mantener una conversación más o menos larga con nosotros mismos. Y esa incapacidad para el monólogo interior (incapacidad propiciada por tantos medios nuevos que son capaces de comunicarnos con gente que esté a cientos de kilómetros de distancia) ha facilitado que cada día nos cueste más hablar en persona con otros. Esto se ha visto también enormemente potenciado por las redes sociales en las que hemos encontrado la protección del espacio y el tiempo: el espacio porque no tener delante a una persona nos impide ver sus gestos y que el otro vea los nuestros (gestos que pueden decir más de

lo que nosotros mismos queremos que digan) y el tiempo porque, al mantener una conversación embotada, eliminamos parte de la espontaneidad natural de una conversación y podemos madurar (de forma artificial e incómoda) una respuesta que, de otro modo, sería natural. Ya no conversamos, pues un diálogo se caracteriza por el libre flujo de palabras, pensadas pero no meditadas, entre dos o más personas; ahora solo contestamos a mensajes macerando, una a una, las respuestas que vamos a dar.

“ Los grandes amigos (y los enamorados) son capaces de estar juntos en silencio sin que eso les produzca la más mínima incomodidad, compartiendo esa intimidad huérfana de palabras. ”

Así pues, si bien están claras todas las ventajas de las innovaciones que nos permiten comunicarnos sin preocuparnos de la distancia, estas han hecho que caigamos en el hablar por hablar y que casi hayamos desterrado esos instantes que tenemos de soledad en los que mantenemos una conversación absolutamente sincera con nosotros mismos, en los que divagamos y reflexionamos (que tampoco es algo tan malo).